

de su alma le impedía rebelarse, que jamas habia pedido ni un sueldo, ni hecho una observacion sobre las escrituras que el notario Cruchot le presentaba para firmar. Este orgullo secreto, esta nobleza de alma, siempre desconocida y ajada por M. Grandet, dominaba la conducta de aquella mujer.

Llevaba constantemente un vestido de levantina verde, que solia durarla cerca de un año, un pañuelo de algodón, un sombrero de paja cosida, y un delantal de tafetan negro: como salia poco de casa, gastaba poco en calzado; en una palabra, no queria nada para sí. Por esto, mas de una vez sentia remordimientos M. Grandet, y acordándose de la última vez que habia dado seis francos á su mujer, la estipulaba ahujetas para cuando vendiese las cosechas anuales. Los cuatro ó cinco luises ofrecidos por el holandés ó belga, comprador de la vendimia de Grandet, eran la renta mas regular de aquella buena señora.

Pero asi que los habia recibido, su marido solia decirla frecuentemente, como si su bolsillo fuese comun:

—¿Tienes algunos sueldos que prestarme?

Y la pobre mujer, contenta de poder hacer algo para un hombre que el confesor la representaba como su señor y dueño, le volvia durante el invierno algunos francos de su dinero de ahujetas.

Cuando M. Grandet sacaba de su bolsillo la mo-

neda mensual de cinco francos para pequeños gastos, hilo, agujas, y la *toilette* de su hija, no olvidada jamas de decir á su mujer, despues de haberse abotonado la faltriquera:

—¿Y tú quieres algo?

—Amigo mio, respondia madama Grandet por un sentimiento de dignidad maternal, *ya veremos*.

Pero esta respuesta sublime, no era entendida, y Grandet se creia jenerosísimo con su mujer. Los filósofos que encuentran Marianas, Eugénias y madamas Grandet ¿no tienen derecho de inferir que la ironía es el fondo del carácter de la providencia?

Despues de aquella comida, en que por primera vez se trató del matrimonio de Eugénia, Mariana despues de haber encendido fuego, fué á buscar una botella de *cassis*! en el cuarto de M. Grandet, y faltó poco que no cayese al bajar.

—Gran bestia, dijo el amo; que tú tambien te dejarás caer como cualquiera?

—Señor, no tengo yo la culpa, sino este escalon que balancea.

—Tiene razon, dijo madama Grandet, debias haberlo mandado componer ya. Ayer, á poco mas Eugénia se echa á perder el pié.

—Toma, dijo M. Grandet á Mariana, viéndola pálida, puesto que es el cumpleaños de Eugénia y que te ha faltado poco para caer, toma esa copita de *cassis*.

— A fe que me lo he ganado bien; respondió la criada: en mi lugar otros habrían dejado caer la botella; yo antes me habria roto el codo pora tenerla al aire.

— Pobre Mariana! dijo M. Grandet, echándola el *cassis* en la copa.

— ¿Te has hecho mal? la preguntó Eugenia, mirándola con interes.

— No, porque me he detenido con la espalda.

— Bien, pues ya que es hoy el cumpleaños de Eugenia, voy á componer ese escalon. Vosotras no sabeis poner el pie en la parte que está sólida todavía.

M. Grandet tomó la vela, dejó á su mujer, á su hija y á la criada sin otra luz que la que se desprendia de las llamas del hogar, y fuése á buscar en el horno ladrillos, clavos y otros utensilios.

— ¿Quiere V. que le ayude? le gritó la criada, oyéndole golpear en la escalera.

— No, no, ya me entiendo yo de eso, respondió el anciano tonelero.

En este momento en que M. Grandet arreglaba él mismo la escalera carcomida, y silbaba acordándose de sus años juveniles, llamaron á la puerta los tres Cruchot.

— ¿Es V., señor Cruchot? dijo Mariana, mirando por la rejilla.

— Si, respondió el presidente.

Mariana abrió la puerta, y el resplandor del ho-

gar, que reflejaba sobre la bóveda, permitió á los tres Cruchot reconocer la entrada de la sala.

— Ah, ¡ estan ustedes de fiesta! exclamó Mariana, oliendo la fragancia de las flores.

— Escúsenme ustedes, señores, gritó Grandet conociendo las voces de sus amigos, estoy con ustedes. Yo no tengo vanidad, estaba arreglando un escalon de esta escalera.

— Continue, continue V., señor Grandet, *el carbonero es rey en su casa*, dijo sentenciosamente el presidente, riéndose interiormente de la alusion de su frase que nadie comprendió.

Madama y la señorita Grandet se levantaron. Entónces el presidente, aprovechándose de la obscuridad, dijo á Eugenia:

— Permítame V. señorita, que en este dia, que recuerda el del nacimiento de V., la desee una serie de años felices, y la continuacion de la salud de que V. goza.

Ofrecióla un gran ramillete de flores raras en Saurmur, y cojiéndola luego por los codos, le dió un beso en cada lado del cuello, con una amplitud y complacencia que avergonzaron á Eugenia. El presidente, que semejava un gran clavo lleno de orin, pensaba *hacer su corte* de esta manera.

— No se incomoden ustedes, dijo Grandet al entrar. ¡ Que guapo va V. los dias de fiesta, señor presidente!

—Es que con esta señorita, todos los días lo serían de fiesta para mi sobrino, respondió el abate Cruchot, ofreciendo su ramillete, y besó la mano de Eugenia.

Por lo que toca á maese Cruchot, abrazó buenamente á Eugenia y la besó las mijillas diciendo:

—¡Como pasa el tiempo! cada año doce meses.

M. Grandet volvió á colocar la luz en frente del cartelón de la chimenea y como cuando una idea le parecía jocosa no se cansaba de repetirla hasta saciarse, dijo:

Ya que hoy es la fiesta de Eugenia, encendamos los velones.

Sacó con cuidado las ramas de los candelabros, puso la palita en cada pedestal, tomó una vela de manos de Mariana y envolviéndola con papel por un cabo, la metió en el ahujero, la apretó, encendióla y volvió á sentarse cerca de su mujer, mirando alternativamente á sus amigos, á su hija y á las dos velas.

El abate Cruchot, hombre pequeño, gordo, rollizo, con peluca rubia y cara de vieja alegre, adelantó sus pies, bien calzados en fuertes zapatos, adornados de hebillas de plata, y dijo:

—¿Los de Grassins no han venido?

—Todavía no, respondió Grandet.

—¿Pero vendrán? preguntó el viejo notario haciendo muecas con su cara tan llena de pecas como una espumadera de ahujeros.

—Creo que sí, respondió madama Grandet.

—¿Ha terminado V. su vendimia? preguntó el presidente de Bonfons á M. Grandet.

—¡En todas partes! contestó el viñador, levantándose para pasear á lo largo de la sala y alzando el toraz con un movimiento lleno de orgullo como la palabra: *por todas partes*.

Entonces, por la puerta del corredor que iba á la cocina vió á Mariana sentada á la lumbre, delante de una luz y que se preparaba para hilar por no mezclarse en la fiesta.

—Mariana, dijo el viejo, adelantándose en el corredor, ¿quieres apagar ese fuego y esa luz, y venirte aquí con nosotros? ¡Pardiez! lugar hay en la sala para todos.

—Pero, señor, hoy hay jente muy distinguida.

—¿Que importa? ¿valen por ventura mas que tu? son hijos de Adan y Eva lo mismo que todos.

Y en seguida fuése hácia el presidente y le dijo:

—¿Ha vendido V. su cosecha?

—A fe mia, no; la guardo todavía. Si ahora el vino es bueno, dentro dos años será mejor. Todos los propietarios, vos lo sabeis bien, se han jurado atenerse á los precios convenidos; y este año los Belgas no van á ganarnos. Si se vuelven, mejor; ellos volverán.

—Si, mas tengámonos firmes, dijo M. Grandet con un tono que hizo estremecer al presidente.

—¿Si habrá contratado?... discurrió Cruchot.

En este momento un golpe en la puerta anunció la familia de Grassins, y su llegada interrumpió una conversacion empezada entre madama Grandet y el abate Cruchot.

La señora de Grassins era una de esas mujeres pequeñas, vivarachas, gordiflonas, blancas y coloradas, que, gracias al réjimen claustral de las provincias y á las costumbres de una vida virtuosa, se conservan todavía jóvenes á los cuarenta años. Esas mujeres son como las últimas rosas del otoño, cuya vista causa placer, mas que en pétalos tienen un no sé qué de frialdad, y cuyo perfume se halla debilitado. Esta se presentaba bastante bien, se hacia venir las modas de Paris, daba el tono á Saumur y tenia en su casa reuniones.

Su marido, antiguo cuartel-maestre de la guardia imperial, gravemente herido en Austerlitz, y retirado, conservaba, á pesar de la consideracion que tenia á M. Grandet, la aparente franqueza de los militares.

— Buenos dias, Grandet, dijo al viñadero, alargándole la mano, y afectando una superioridad que humillaba á todos los Cruchots.

— Señorita, dijo dirijiéndose á Eugenia, despues de haber saludado á madama Grandet, sois tan buena y tan hermosa, que no sé que desearos.

En seguida presentó una cajita que su criado llevaba y en que iba encerrada una flor traída poco antes á Europa y muy rara.

Madama de Grassins abrazó muy afectuosamente á Eugenia, tomándola la mano, y la dijo:

— Adolfo se ha encargado de presentarla á V. mi recuerdo.

Y se presentó en seguida un jóven rubio, delgado, pálido, de buenas maneras, tímido al parecer, pero que acababa de gastar durante su curso de derecho ocho ó diez mil francos á mas de su pension, y adelantándose hácia Eugenia, la besó en ambas mejillas y la ofreció una cajita de almohadilla, cuyos utensilios eran de plata en vermellon, verdadera mercadería de pacotilla, á pesar de que el escudo en que estaban bastante bien gravadas una *E*, y una *G*, góticas, podia hacer creer un trabajo de consideracion.

Sin embargo Eugenia sintió al abrirla uno de aquellos goces inesperados y completos, que hacen ruborizar, estremecer y temblar de placer á una jóven. Dió una mirada á su padre, como para saber si le era permitido aceptar, á que M. Grandet contestó con un *«Toma hija mia»* cuyo acento ningun actor sería capaz de adivinar.

Los tres Cruchot quedaron estupefactos al ver la mirada viva y alegre que echó á Adolfo de Grassins la heredera á quien tal riqueza la pareció inaudita. Monsieur de Grassins ofreció una toma de tabaco á madama Grandet y quedándose él con otra, sacudió los granitos que habian caído sobre la cinta de la Legion de honor atada á un ojal de su casaca azul,

y luego contempló á los Cruchot con un aire que parecía decirles:

— Chupaos esa.

Mma. de Grassins echó la vista á los bOCALES azules donde estaban los ramilletes de los Cruchot con la fingida buena fe de una muger burlona. En esta delicada conjetura el abate Cruchot hizo sentar á los recién venidos en rededor del hogar y fué á pasear con M. Grandet por el fondo de la sala, y cuando estuvieron delante de la ventana mas apartada, le dijo al oido:

— Esa jente echa el dinero por la ventana.

— Y qué importa, si cae en la bodega, respondió el viñador.

— Si V. quisiese dar tijeras de oro á su hija no le faltan medios para ello.

— Otra cosa le doy que vale mas que tijeras.

— Mi sobrino es un alma de cántaro, pensó el abate viendo al presidente con el pelo desgredado que aumentaba todavía la mala gracia de su fisonomía morena. No pudiera inventar ahora cualquier tontería que tuviese su valor!

— Vamos á hacer el partido de V., Señora Grandet, dijo la de Grassins.

— Estamos todos reunidos y podemos poner dos mesas...

— Ya que hoy es la fiesta de Eugenia haced general el juego y que entren tambien estos dos jóve-

nes. Y el tonelero que no jugaba jamas á ningun juego, señaló á su hija y á Adolfo.

— Mariana, vamos, por las mesas.

— Nosotros te ayudaremos, *Marianita*, dijo alegremente la Señora de Grassins, contentísima de haber dado gusto á Eugenia.

— En mi vida he estado tan contenta; dijo la heredera, nunca habia visto cosa tan bonita.

— Adolfo es quien la ha traído de Paris y quien la ha escojido, añadióla la de Grassins al oido.

— Sigue tu camino, enredadora del demonio! decía el presidente, si te llevo á cojer alguna vez á tí ó á tu marido, mal negocio habeis de tener.

El notario sentado en un rincon, miraba al abate con mucha calma y pensaba:

— Los de Grassins trabajan en vano, mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino montan á un millon y cien mil francos. Si Grassins tiene la mitad, es todo lo mas que puede tener. Luego tiene tambien una hija. Ya pueden ofrecer lo que quieran, que heredera y regalos serán despues para nosotros.

A las ocho y media de la noche habia dos mesas preparadas. La linda señora de Grassins habia llegado á colocar á su hija al lado de Eugenia. Los actores de esta escena, llena de interés aunque vulgar en apariencia, provistos de cartones de diferentes colores y de fichas de vidrio azul, parecian escuchar las agudezas del viejo notario, que no sacaba

número alguno sin acompañarlo de una observacion; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet.

Este contemplaba vanidosamente las plumas rosadas de la señora de Grassins y su vestido, la cabeza marcial del banquero, la de Adolfo, al presidente, al abate y al notario, diciéndose interiormente:

— Todos buscan mi bolsillo. Vienen á incomodarse aquí por mi hija, y esta no será ni para los unos ni para los otros.

Esta alegría de familia, en aquel antiguo y ceniciento salon, mal alumbrado por dos velas; aquella risa que Mariana acompañaba con el ruido de su tornillo, y que no era sincera mas que en la boca de Eugenia ó de su madre; aquella pequeñez unida á tan grandes intereses; aquella doncella, que parecida á esas aves tan buscadas, víctimas del elevado precio que se las da y que ellas ignoran; se hallaba rodeada y llena de pruebas de amistad, de la cual era ella el objeto primordial; todo esto contribuía á hacer mas tristemente cómica aquella escena. Pero como esta las ha habido en todos tiempos y lugares, con sola la diferencia de que aquella estaba reducida á su mas simple expresion. La figura de M. Grandet, calculando el falso afecto de las dos familias y sacando de él enormes provechos, dominaba y aclaraba aquel drama. Dejaba de ser por

ventura el único dios moderno en quien se tiene fe, *el Dinero* en todo su poder, entronizado sobre una sola fisonomía?

Los dulces sentimientos de la vida no ocupaban allí mas que un lugar secundario, no animaban mas que tres corazones puros: los de Mariana, de Eugenia y de su madre. ¡Cuanta ignorancia habia en su sencillez! Las dos últimas no sabian nada de la fortuna de Grandet; miraban las cosas de la vida al trasluz de sus pálidas ideas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero, estando acostumbradas, á pasar sin él. Sus sentimientos ajados, pero vivos, y el secreto de su existencia hacian de ellas curiosas excepciones, en aquella reunion de jentes, cuya vida era puramente material. ¡Terrible condicion del hombre! ni una sola felicidad tiene, que no provenga de alguna ignorancia. En el momento en que madama Grandet acababa de ganar un lote de diez y seis sueldos, el mas considerable que se hubiese jamas jugado en aquella sala, y mientras Mariana reia de placer viendo como su ama embolsaba aquella rica suma, dieron un grande aldabazo en la puerta de la calle, á cuyo ruido las señoras se levantaron de las sillas.

— No es de Saumur el que llama así, dijo el notario.

— Qué manera de llamar? dijo Mariana. Parece que quieran derribar la puerta.

—¿Quién diablos puede ser? exclamó M. Grandet. Mariana tomó una de las dos velas, y acompañada de su amo, bajó á abrir.

—Grandet! Grandet! gritó su mujer, que movida por un sentimiento de miedo, se abalanzó hácia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron entre sí.

Debiéramos ir todos, dijo de Grassins; este al-dabazo no me cuadra; y M. Grassins pudo distinguir apénas la figura de un jóven, acompañado de un factor de mensajerías, que llevaba dos grandes malas, y arrastraba dos sacos de noche. M. Grandet volvióse bruscamente á su muger y la dijo:

—Vuélvete à tu lotería: déjame con este caballero. Y cerró fuertemente la puerta de la sala, donde los jugadores ajitados volvieron á tomar sus asientos sin continuar el juego.

—Grassins, le preguntó su mujer, ¿es alguno de Saumur?

—No; es un viajero.

—No puede venir mas que de Paris. Y en efecto, repuso el notario, sacando su antiguo reloj de gran calibre, parecido á un barco holandés, ya son las nueve. ¡Peste! la diligencia del gran despacho no se retarda jamas.

—¿Ese caballero es jóven? preguntó el abate Cruchot.

—Si; respondió M. de Grassins. Trae un bagaje

que debe pesar á lo menos trescientos kilos. (9)

—Mariana no vuelve, dijo Eujenia.

—No puede ser mas que un pariente de ustedes, continuó el presidente.

—Hagamos las puestas, insinuó con dulzura la señora Grandet; pues por su voz, conozco que Grandet se incomoda, y acaso es porque no querrá que hablemos de sus negocios.

—Señorita, dijo Adolfo á su vecina, debe ser sin duda vuestro primo Grandet, hermoso jóven á quien he visto alguna vez en los bailes del mariscal Oud... Adolfo no continuó porque su madre le pisó el pié y luego pidiéndole en alta voz dos sueldos para la puesta, díjole luego al oido, ¿quieres callar, gran majadero?

En seguida M. Grandet entró sin la criada cuyos pasos y los del factor resonaron en la escalera. Iba seguido de un viajero que, despues de algunos instantes, escitó tanta curiosidad, preocupó tan vivamente las imaginaciones, que su llegada á aquella casa, y su entrada en la reunion, no puede compararse mas que á un caracol caido dentro de una colmena, ó á la introduccion de un pavo en algun oscuro patio de una aldea.

—Sentaos aquí al hogar, le dijo M. Grandet.

Mas antes, el jóven extranjero saludó á toda la reunion. Los hombres se levantaron para corresponder con una inclinacion de urbanidad, y las mujeres le hicieron una reverencia ceremoniosa.

—Sin duda tiene V. frío, caballero, tal vez llega V. de.....

—Hé aquí lo que sois las mujeres, dijo el viejo viñero, dejando la lectura de una carta que tenía en la mano, dejadle reposar.

—Pero, padre mio, ¿el señor necesitará de alguna cosa? observó Eugenia.

—Buena lengua tiene, respondió groseramente el viñero.

El desconocido fué el solo que se sorprendió de esta escena; los demas estaban ya acostumbrados á las maneras despóticas del buen Grandet. Con todo eso, tras esas dos preguntas y respuestas, el desconocido se levantó, presentó la espalda al fuego, levantó uno de sus pies para calentar la suela de sus botas, y dijo á Eugenia:

—Prima mía, mil gracias, he comido ya en Tours, y añadió mirando á M. Grandet, no tengo falta de nada, pues ni cansado estoy.

—¿Viene V. de la capital? preguntó madama de Grassins.

Carlos, así se llamaba el hijo del señor Grandet de Paris, oyendo que le preguntaban, tomó un lente que llevaba colgado de una cadena y lo aplicó sobre el ojo derecho, para ecsaminar lo que había sobre la mesa y á las personas que estaban sentadas, miró asaz impertinente á madama de Grassins, y despues de haberlo visto todo, respondió—
si señora.

—Juegan ustedes á la lotería, ¿no es verdad, querida tia? añadió luego. Continuen ustedes, pues el juego es demasiado divertido para dejarlo...

—Segura estaba yo que era el primo, pensó madama de Grassins, echándole furtivas miradas.

—¡Cuarenta y siete! gritó el abad: marque V., señora de Grassins ¿no tiene V. ese número?

M. de Grassins puso una ficha sobre el carton de su mujer, que sintiendo tristes presentimientos, no dejaba de mirar á Eugenia y á su primo de Paris, sin pensar en la lotería. De tiempo en tiempo la jóven heredera miraba furtivamente á su primo, y la mujer del banquero pudo descubrir facilmente en aquellas miradas un *crescendo* de admiracion ó de curiosidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1923
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

